

«El amor es el gran recurso de los hombres para superar todas las adversidades»

Por Alvaro Bermejo

Publicado en el Diario Vasco. Lunes 29 de mayo 2006.

Su adolescencia fue leer a Ray Bradbury envuelta en la música de cien boleros. Saltó a la fama con un ciclo de novelas sobre 'La Habana Oculta'. Hoy lo cierra con una saga familiar donde las tres raíces de Cuba parecen fundirse en un luminoso amarre. Lo cuenta en *La isla de los amores infinitos*, un libro lleno de magia donde el espejo de sus páginas, más que rostros, revela enigmas.

Casi todos los escritores cubanos en el exilio, nos proponen una Cuba como territorio mítico. La mitificación, ¿es una condición del exilio o es el territorio natural de la cubanidad?

El mito y la magia definen la esencia de Cuba. Vivir en Cuba es vivir en un territorio proclive a todos los prodigios. Pero esa condición se acentúa cuando estás fuera. Extrañas esa atmósfera, la magia de Cuba que te sale al encuentro en cada esquina.

¿Qué tiene de mito y qué de realidad *La isla de los amores infinitos*?

Son reales los escenarios y muchos de los aspectos de la historia que cuento. Los personajes son ficticios, aunque muchos remiten a personas muy reales. También pertenecen a la ficción muchas de las escenas de apariciones y todo lo paranormal, que es algo sustancial en mi novela.

En la voz de la anciana Amalia, el eje de su narración, se funden los tres orígenes de la población cubana: junto con la española y la africana, verdaderamente, la emigración china, ¿tuvo tanta influencia en la gestación de la Cuba moderna?

Quizá no en lo cuantitativo, pero sí en lo cualitativo. Cuba está llena de refranes y decires procedentes de la emigración china. Incluso el gusto por el arroz mezclado con muchos ingredientes nos viene directamente de la cocina cantonesa.



Muchos cubanos se llaman «mi chino-mi china» o «mi negro-mi negra», sin ser chinos ni de color. ¿Cuál es el sentido de la interpelación?

Es como decir «mi amor» de la manera más cariñosa. Habla a favor de la integración racial, que en Cuba siempre se ha dado de una manera natural. El racismo, en la isla, más que una aberración es una extravagancia.

Su protagonista, la joven Cecilia vive en una extraña tierra de nadie. Ni añora Cuba ni echa raíces en Miami. Su perfil, ¿tiene algo de autobiográfico?

En principio sí. Durante una época de mi vida yo no quería saber nada de lo que dejé atrás y no arraigaba en ninguna parte. Así como mi personaje, evolucioné gracias al amor. Aprendí a amar a Cuba desde el exilio, y a encontrar mi lugar en este Miami de los cubanos, que no tiene nada que ver con el de los turistas.

Asimismo, su relato abunda en personajes que transitan entre éste y el otro mundo. ¿Cree verdaderamente en ello o se trata de una licencia literaria?

Creo verdadera y poderosamente en ello. Todas mis novelas tienen elementos mágicos y parapsicológicos. Yo no veo la realidad como las otras personas, no puedo verla así porque he tenido experiencias y encuentros definitivos. Para mí la lectura espiritual del mundo y de la vida resulta esencial, no puedo contarle de otra manera.

En *Tuyo es el reino*, Abilio Estévez puso en pie la alegoría de Cuba como casa encantada. ¿Cómo se llevan los maleficios estructurales y usted?

Razonablemente bien. Las casas encantadas son otra de mis constantes desde que escribí *Casa de juegos* que, sin embargo, era una novela básicamente erótica.

A paso de contradanza y de danzón, por este libro van pasando tres generaciones de tres familias fundidas en un amarre de santería. ¿Cuestión de carácter, barroco cubano, o realismo mágico?

Hay quien ha definido mi novela como un *thriller* de amor y fantasía lleno de enigmas. Yo, desde luego, no la veo dentro del realismo mágico. Siempre me ha interesado más la ciencia-ficción a la europea.



No obstante, en los tiempos desestructurados que nos ocupan, ese concepto de saga familiar, ¿no es ya en sí mismo puro realismo mágico?

Me temo que sí (sonrisas), pues la familia parece que ya no forma parte de la realidad. Para mí supone una excusa para hablar del amor, que es el gran protagonista de mi relato. La posmodernidad ha creado un mundo muy cínico que se burla del amor y lo asocia con la cursilería. Pero el mundo está como está porque carece de amor y está envenenado de desamor a todos los niveles. Yo creo en los amores fuertes y profundos. Creo que es el gran recurso de hombre para superar todas las adversidades, lo único que nos cura, lo único que nos salva.

Al poco de que se consiga la abolición de la esclavitud, la esclava Caridad ingresa en una casa de citas. Cien años después, y a jugar por el auge del turismo sexual, la Cuba de Castro, ¿comienza a parecerse a la de Batista?

En ese sentido, la Cuba de Castro ha superado a la de Batista. Entonces el barrio de las putas en La Habana se circunscribía a un perímetro de diez cuadras, al que llamaban el Barrio de Colón. Ahora toda la isla es el Barrio de Colón.

Bajo su nombre cristiano, Caridad tiene un nombre africano, Kamaria, que significa «como la luna». ¿Cómo se traduce Daína?

No tiene traducción. Es un nombre puramente cubano que me pusieron mis padres fundiendo sus nombres. De Dagoberto y Eloína nació Daína.

La crítica la compara con Isabel Allende, Laura Esquivel... ¿De cuál se siente más cercana?

De ninguna, la verdad. Mis maestros de estilo vienen de otra parte. Fueron determinantes el Ray Bradbury de *Crónicas Marcianas* —de niña, me sabía sus cuentos de memoria—, y también el Shakespeare de la escena de la locura de Ofelia, en *Hamlet*.

La cotorra de su relato, Fidelina, se pasa el día gritando consignas contra Fidel. ¿Es un trasunto de la oposición cubana en Miami?

Nunca hablo de política de una manera explícita, me aterra hacer un libelo. La cotorra sólo quiere ser un elemento humorístico, pero claro, luego ella dice lo que dice...

¿Cómo ve la situación actual de Cuba?



Le diría «color hormiga», como decimos los cubanos. No sé, esa isla tiene muy buena estrella, tiene ángeles que la protegen, pero también está marcada por una historia de zozobras políticas y matanzas tremendas. No sé qué va a ser de mi país, ojalá que se hagan ver algún día los que creen en los amores infinitos.

Todos los capítulos de su novela tienen como epígrafe un bolero. ¿Una manera de poner música a su visión de la vida?

La música es la esencia del alma cubana, el cubano vive a través de la música. Mi novela quiere ser también un homenaje a eso. La novela misma tiene estructura de bolero. Está llena de amores intensos y desesperados, de pasiones eternas.

En este umbral del siglo XXI y de la globalización, ¿quedan utopías por las que merezca la pena luchar, incluso individualmente?

Siempre vale la pena seguir luchando por todo. El día que se acabe ese bolero, se acaba la humanidad.

DE VIVA VOZ

Voy a comenzar a decir una frase y usted me la completa:

- Me gusta... estar sola en medio de un bosque.
- Detesto... la intolerancia en todas sus formas.
- Me encanta... mirar a un hombre atractivo.
- Aborrezco... la guerra.
- Me deslumbran... las ruinas, particularmente las de Stonehenge.
- Me pierde... un plato de langosta.
- Me gana... una palabra amable.
- Me enfurece... la indiferencia hacia los que sufren.
- Me indispono... la grosería.
- Me indigna... la violencia.



- Me deja fría... la riqueza material.
- Me calienta... un beso en la nuca.
- Me perturba... el aluvión de noticias.
- Me aterra... más que la muerte, dejar cosas sin concluir. No despedirme.
- Me enamora... la sensibilidad en un hombre.
- Me repele... la estupidez en cualquier género.
- Me seduce... una sonrisa.
- Nunca he estado en Euskadi, pero... conozco lo que se dice acerca de su conexión con la Atlántida. Y eso me fascina.

